

*Ramón Beteta*

*Disertaciones Sobre  
México Desde Europa*



*Ediciones de la Revista HOY*  
*1955*

# DESARROLLO ECONOMICO DE MEXICO EN LOS ULTIMOS AÑOS

## *México y sus Aspiraciones*

Señor Rector de la Universidad Israelita,  
Señores Profesores,  
Señores Estudiantes,  
Señores y señoras.

Después de haber observado en mi rápido viaje por Israel algunos de los magníficos resultados del esfuerzo hecho por este pueblo —joven en su vida nacional y viejo en su tradición milenaria— para crear un estado independiente y promover su progreso ante dificultades al parecer insuperables, mi actitud esta noche al hablar sobre el desenvolvimiento económico de mi patria es de sincera humildad. Sirva de justificación a mi atrevimiento para hacerlo, aceptando la gentil invitación de la Universidad Israelita, mi deseo de que se conozcan en esta región tan lejana de México las aspiraciones, los anhelos y también las realizaciones de mi país, que, como el vuestro, es joven en su vitalidad y en su esperanza, y viejo en su dolorosa historia.

*Cómo es México*

México es un país pobre; esto es, uno de aquellos países que en el lenguaje, siempre cortés, de las conferencias internacionales se de-

signan con el nombre de "subdesarrollados". Vale decir que su economía se basa fundamentalmente en la agricultura y en la minería; que su industrialización es incompleta; que tiene un bajo nivel de vida y que no cuenta con capital propio para atender a su normal desenvolvimiento. Esta situación, sin embargo, se está transformando rápidamente.

Por otra parte, México posee vastos recursos naturales. Tiene una extensión aproximada de dos millones de kilómetros cuadrados —cien veces el área de Israel— y una población que pasa de los veintinueve millones de habitantes —diez veces la que Israel tiene ahora—. País montañoso colocado en la zona semitropical de la tierra, México tiene un clima que varía más con la altura sobre el nivel del mar que con la latitud; fresco y hasta frío en las regiones altas, llega a ser muy caliente en las partes bajas. La lluvia es muy irregular; siempre insuficiente en el Norte, menos escasa pero con frecuencia inoportuna en la Mesa Central, es excesiva en algunas regiones del Istmo y de las costas. En consecuencia, la agricultura es aleatoria y difícil, excepto en las regiones irrigadas.

El "mal cielo" —para usar la expresión del campesino mexicano— no es el único obstáculo para la agricultura. Lo abrupto del terreno crea otra grande dificultad. Dos altísimas cordilleras que corren paralelamente a los océanos y que se unen varias veces entre sí mediante sierras secundarias, hacen del país un lugar en el que el viajero dice invariablemente, cuando habla de trasladarse de una ciudad a otra, que baja o que sube. Excepto en el Norte y en el Noroeste, en donde existen extensas praderas y en las costas de la vertiente del Golfo de México, en donde las montañas están alejadas del mar, el terreno es siempre tan quebrado que convierte la mecanización de la agricultura en un problema y la construcción de ferrocarriles y carreteras en una pesadilla para los ingenieros. Como consecuencia de esta conformación, los ríos de México, que no son nu-

merosos, tampoco son navegables y con frecuencia tienen un carácter torrencial.

Pero si las montañas obstaculizan la agricultura, en cambio de ellas saca México otra de sus riquezas: la minería. Esta ha sido históricamente su principal actividad hasta épocas recientes. La producción de plata es una de las más altas del mundo y algunas de sus minas, que han estado trabajando sin interrupción desde la Conquista Española en el siglo XVI, son famosas. Además de la plata, México produce oro, plomo, zinc, cobre, mercurio y manganeso, entre los principales metales. Cuenta, además, con riquísimos depósitos de hierro de gran pureza, que por desgracia se localizan lejos de los de carbón. Este último, que por muchos años se pensó no existía en cantidades suficientes para permitir el desarrollo normal de la creciente industria siderúrgica, ha sido descubierto últimamente en grandes cantidades y de buena calidad.

El petróleo se empezó a explotar en México a principios de este siglo. Los campos petroleros mexicanos son bien conocidos por su riqueza y extensión, y han contado con algunos pozos, como el de "Dos Bocas" que se estima el de mayor producción que ha habido en la tierra. Las reservas mexicanas de hidrocarburos se calculan actualmente —gracias a las últimas exploraciones— en dos mil seiscientos millones de barriles.

Acaso porque muchos de estos recursos son mundialmente renombrados es frecuente oír hablar de México como de un país rico, lo cual ha sido a menudo causa de confusiones no sólo para los extranjeros, sino aun para los propios mexicanos, que muchas veces se han preguntado cómo puede su patria ser tan rica cuando ellos mismos son tan pobres. Se trata indudablemente de un empleo equivocado de la palabra "rico". No se debe confundir la riqueza potencial con la producción efectiva de bienes y servicios que constituyen la riqueza verdadera. Por otro lado, como la economía mexicana ha descan-



*El señor Presidente de Israel, Y. Ben Zvi, con el licenciado Ramón Beteta y su distinguida esposa*

sado sobre la agricultura y la minería, la primera obstaculizada por falta de agua y la segunda por dificultades del transporte, a nadie debiera sorprender que México sea pobre. Por

la misma razón, a nadie debiera extrañar que los mexicanos hayan puesto su esperanza para su futuro bienestar en la industrialización para la cual cuentan con los recursos naturales breve e incompletamente descritos.

*México se industrializa para satisfacer sus necesidades y para alcanzar un nivel de vida más alto*

Sin embargo, algunos escritores extranjeros al comentar los esfuerzos que México ha estado haciendo en las últimas dos décadas para industrializarse han

expresado dudas —que pocos mexicanos comparten sobre la sensatez de que México intente competir con otras naciones que le llevan una gran delantera, en vez de dedicar toda su energía al mejoramiento y modernización de la agricultura y la minería. Puesto que la población de México —se dice— vive desde hace siglos dedicada al cultivo del suelo y a extraer de las entrañas de la tierra materias primas, ¿por qué no continuar en estos campos con mejores métodos y técnica más avanzada en vez de meterse a aquellos para los cuales no está lista ni económica ni técnicamente? ¿Para qué lanzarse por el camino de la autosuficiencia, tan difícil aún para aquellas naciones más desarrolladas y añadir su grano de arena a la confusión y al desorden del comercio internacional, que son fuente perenne de fricción y aun causa contribuyente de las guerras?

En teoría todos estamos dispuestos a admitir las ventajas de un mundo equilibrado y armónico en el que cada país produzca aquellas mercancías para las que esté mejor adaptado y, seguro de poder conseguir a cambio de ellas las cosas que necesita, se abstenga de una innecesaria competencia. Sería este un sistema de completa libertad económica que daría a toda la humanidad una vida más amplia gracias a una producción más fácil y más barata. Sin embargo, tal mundo no existe y nada parece indicar que nos encaminemos hacia él.

Por el contrario, se nota una tendencia creciente hacia

restricciones cada vez más severas al comercio internacional y hacia una protección nacional ineludible. No sólo se han levantado las barreras protectoras de las tarifas aduanales, sino que se obstaculiza el libre movimiento de mercancías mediante sistemas de cuotas y de permisos de exportación, de importación y con el establecimiento de un control de cambios.

Por tanto, el país que inocentemente estuviese dispuesto a depender del resto del mundo para la satisfacción de sus necesidades esenciales, se encontraría en un grave peligro; un peligro que las guerras y la amenaza de las guerras han venido a incrementar.

Pero hay además otra razón que mueve a todos los países a industrializarse; la agricultura y la minería no permiten un nivel de vida tan alto como la industria. Puede alegarse que no hay razón para que sea así; pero no puede negarse que lo es. Podemos muy bien concebir un sistema en el que las materias primas —agrícolas o minerales— obtengan en los mercados mundiales precios suficientemente altos para permitir a agricultores y mineros la adquisición de los productos industriales que necesiten; pero de hecho esto no acontece. La verdad es que el trabajador del campo o de la mina vive peor que el obrero de la ciudad, porque la hora-hombre aplicada a la agricultura o a la extracción de materias primas no se paga (entre otras cosas porque los precios de los productos no lo permiten) al mismo nivel que la hora-hombre aplicada a la transformación de esas mismas materias primas para convertirlas en artículos manufacturados. Por eso el campesino y el minero se trasladan a la ciudad; por eso también, todo país que puede hacerlo, busca tesoneramente industrializarse.

*¿Cómo, en qué medida y con qué capital, debe industrializarse el país?*

Aceptado que México deba buscar el mejoramiento de las condiciones de vida de su población industrializándose, cabe todavía preguntar: ¿Cómo debe ha-

cerlo? ¿En qué medida? ¿Con qué capital?

Desde el punto de vista del capital con que se cuenta, hay tres posibilidades de promover el desarrollo económico de un país: 1º, con capital privado nacional; 2º, con inversiones extranjeras; y 3º, con inversiones gubernamentales.

El primer sistema es el más natural dentro del régimen capitalista; mas como, por definición, los países subdesarrollados carecen de capital nacional suficiente, este método significa en la práctica condenar al país en cuestión a un lentísimo desarrollo y cerrar los oídos a las demandas de la mayoría de la población, justamente ansiosa de que el Gobierno haga algo para mejorar su condición económica. Por tal razón, nadie puede con seriedad proponer a México ni a ningún otro país que tenga urgencia de mejorar su nivel de vida, una paciente espera que ocasionaría descontento nacional.

El segundo sistema —las inversiones extranjeras— se ha seguido con éxito en varios lugares del mundo, incluso, por lo que he podido ver, aquí en Israel. Numerosos escritores, banqueros y hombres de negocios están siempre sugiriendo este camino para mi país. Citando el caso de los Estados Unidos, cuyo sorprendente desarrollo se debió a inversiones provenientes de todas partes del mundo, hacen notar que si un país carece de capital propio, su producción es escasa y por eso mismo difícil su capitalización. De este modo, se crea un círculo vicioso del que no podrá salir sin la ayuda de la inversión extranjera.

Estos, y otros argumentos más o menos impresionantes, han convencido con frecuencia al Gobierno de México de la



conveniencia de abrir las puertas al capital extranjero. Sin embargo, la experiencia ha demostrado que no les falta razón a quienes objetan el sistema.

Desde luego, debe hacerse hincapié en que el capital extranjero tiene una irresistible tendencia a intervenir en los asuntos internos de la nación que lo ha recibido. Esto puede dar lugar a conflictos internacionales y en alguna ocasión ya significó una guerra para México. Además, el capital extranjero para invertirse en países como México demanda garantías y privilegios de que no goza el nacional. En estas condiciones, recibir indiscriminadamente inversiones del exterior ocasiona conflictos de carácter político y patriótico que explican por qué se ven las inversiones extranjeras con gran desconfianza.

No quiere esto decir que el Gobierno Mexicano rechace abiertamente al capital extranjero, que como el mismo nacional, goza de las garantías que las leyes le otorgan; pero sí que dentro de ellas existen disposiciones que prohíben a los extranjeros solicitar la protección de sus gobiernos en estos casos. Pero desgraciadamente la eficacia de esta disposición es muy relativa, porque, aunque el extranjero haya hecho la renuncia, no hay manera de forzar a su gobierno a que se abstenga de proteger los intereses de sus nacionales en tierra extraña, excepto a través de acuerdos internacionales, que por ahora no existen.

Pero además de los obstáculos de naturaleza política existen otros de carácter económico. El inversionista extranjero quisiera libertad irrestricta para invertir en aquellas empresas que más le convenga, con independencia absoluta de la conveniencia del país o de que su crecimiento sea equilibrado. De aceptarse esta libertad eventualmente quedarían en manos extranjeras todas las industrias y servicios públicos esenciales de la nación; mientras aquellos en que las utilidades no sean muy altas, permanecerían abandonados, aun siendo indispensables para el país.

Podría asimismo, acontecer que el capital extranjero sólo desplazase al nacional sin abrir nuevos campos de actividad, con lo cual en vez de estimular el desenvolvimiento del país solamente acarrearía, a la larga, su enajenación.

Esto explica por qué México ha procurado restringir el capital extranjero en algunos campos de actividad que ha reservado para el propio Gobierno o para los capitales nacionales. Explica también por qué en vez de poner su fe en las inversiones extranjeras, ha escogido para promover su desenvolvimiento económico el tercero de los sistemas mencionados: las inversiones estatales.

*Las inversiones del Estado no substituyen al capital privado; lo estimulan y complementan*

Pero a diferencia de lo que ocurre en regímenes totalitarios, en México las inversiones del Estado no pretenden substituir íntegramente al capital privado, sino más bien estimularlo y complementarlo. Ante todo, el Gobierno invierte en obras públicas, tales como caminos, ferrocarriles, puertos, presas, centrales eléctricas, etc., que son de beneficio general y que tienen además el efecto de hacer las inversiones privadas posibles o costeables. En la industria, el Gobierno limita su interés a las empresas que son de especial importancia para el desarrollo del país o para la seguridad nacional, o a aquellas que por su naturaleza no ofrecen gran atracción al capitalista privado. No rechaza tampoco la cooperación de éste en empresas mixtas, ni excluye la posibilidad de crear industrias que, una vez que se encuentren en condiciones de productividad comercial, pasen a manos de particulares. En estos casos su papel es de promotor, de coordinador, de director; no de competidor.

Para realizar su amplia labor de industrialización, el Gobierno de México no rehusa la cooperación de los Bancos inter-

nacionales que como el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Fomento, y el Banco de Exportaciones e Importaciones de Washington, hacen generalmente sus préstamos a agencias gubernamentales, lo que permite al Estado vigilar que los créditos se empleen en proyectos de verdadero interés nacional, efectivamente productivos y de segura recuperación, con lo cual se evita la anarquía en las inversiones, se busca el desarrollo armónico de la economía y se disminuyen los peligros que han señalado para las inversiones extranjeras de carácter privado. Debo añadir, ello no obstante, que el monto total de los préstamos que de estos Bancos ha recibido México ha sido relativamente pequeño ya que en el período 1947-1952, por ejemplo, significaron menos del 10% de las inversiones directas del Gobierno.

VEAMOS ahora cuáles han sido los resultados que la política de inversión pública directa y estímulo a la inversión privada ha tenido sobre la economía del país y sobre las condiciones de vida del pueblo mexicano.

Esta parte de mi plática, en la que procuraré poner de manifiesto con la mayor objetividad posible cuáles han sido las realizaciones concretas, la voy a basar en una fuente extranjera inobjetable por su desinterés y el método científico que emplea: el trabajo presentado por el señor Henry G. Aubrey ante el "Congreso de Factores Estratégicos en Periodos de Rápido Crecimiento Económico" (Conference of Strategic Factors in Periods of Rapid Economic Growth) que tuvo lugar en abril del año pasado bajo el patrocinio del Comité de Crecimiento Económico del Consejo de Investigación en Ciencias Sociales (Committee on Economic Growth of the Social Science Research Council) y que fue publicado en el Volumen LXIX del "Political Science Quarterly". El profesor Aubrey, a su vez, funda sus conclusiones en un estudio hecho conjuntamente por el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento y la Nacional Financiera, que se publicó en inglés bajo el título "Economic Development of Mexico". (Baltimore 1953).

*Desarrollo económico del país,  
de 1939 a 1952, por la política  
de inversión gubernamental di-  
recta y de estímulo a la inver-  
sión privada*

He querido apegarme al estudio mencionado porque es natural que mi opinión pueda estimarse interesada, tanto por razones comprensibles de patriotismo, como por haber tenido du-

rante varios años una buena parte de la responsabilidad en la ejecución de esta política. Pero el seguir muy de cerca este trabajo me obliga a limitar mi disertación al periodo de 1939 a 1952, al que aquél se contrae. Por tanto, sólo excepcionalmente habré de referirme a los años de 1953 y 1954 cuando tenga a mi disposición datos recientes inobjctables.

*Las producciones agrícola e industrial, se multiplicaron*

El primer índice que tomaré para dar una idea del desarrollo económico de mi país es el incremento de la producción. De acuerdo con el estudio del profesor Aubrey antes citado, la producción mexicana se duplicó entre los años de 1939 y 1950. Este notable crecimiento afectó tanto a la agricultura como a la industria. Respecto a la primera, tres factores contribuyeron al crecimiento: el aumento del área cultivada, el mayor rendimiento por hectárea y el cambio de cultivos. Tomemos el primero. La extensión dedicada al cultivo de los 23 productos agrícolas más importantes aumentó de 7 millones de hectáreas en 1939 a 10 millones de hectáreas en 1952. La tierra cultivada bajo riego aumentó en el mismo periodo, de 240,000 hectáreas a más de un millón y medio. En un solo año, el de 1952, se añadieron a las tierras irrigadas 300,000 hectáreas.

Si seleccionamos algunas de las principales cosechas que se han beneficiado con las obras de irrigación, nos hallamos con que la producción del algodón, por ejemplo, aumentó un 274% en el periodo 1939-1952, y se convirtió en uno de los principales productos agrícolas de exportación, ya que en el año de 1953 dio al país 129.4 millones de dólares, y en el año de 1954, 140.9 millones de dólares. El azúcar, que México con frecuencia se vio precisado a importar antes de 1947, es ahora, gracias al incremento en el área cultivada, artículo de exportación, a pesar de que el consumo nacional ha subido continuamente y en forma notable.

El señor Aubrey resume sus observaciones en este capítulo como sigue: "De esta discusión excesivamente corta de un asunto complejo saca uno la impresión general de que el desarrollo agrícola mexicano durante los últimos 15 años, aproximadamente, constituye un cambio espectacular hacia un rápido, aunque irregular desarrollo, después de siglos de un estancamiento casi completo". (Página 529).

El desarrollo de la producción industrial no fue inferior al agrícola. En los 10 años transcurridos de 1936 a 1946 el volumen de la producción se duplicó y a partir de 1947 se aceleró el proceso. En promedio, la producción industrial creció en el período 1939 a 1952 a un ritmo anual de 7%.

Con el objeto de presentar una vista a ojo de pájaro del desarrollo industrial mexicano, permítaseme mencionar los incrementos en algunas de las industrias principales; en la de hierro y acero, que es básica en todo programa de industrialización, la producción se multiplicó en más de un 300% entre 1939 y 1952. Concretamente, la de hierro subió de aproximadamente 99,000 toneladas a casi 305,000 toneladas; la del acero, 142,000 toneladas a más de 536,000. La industria del cemento, que es interesante porque es índice revelador de la actividad en la construcción privada y en las obras públicas, muestra un ascenso que va de 409,000 toneladas en 1939 a 1,600,000 en 1952; esto es, un 11% anual. La de ácido sulfúrico, que menciono porque muestra el crecimiento de otras industrias, ascendió de 33,000 toneladas en 1947 a más de 99,000 en 1952; un incremento anual de 22.5%. La producción de superfosfatos, que tan íntimamente está ligada con el crecimiento de la agricultura, ascendió de 3,500 toneladas el año de 1941, cuando su producción empezó en escala considerable, a 56,000 toneladas en 1952, o sea tuvo un incremento anual de 28%. La producción de llantas, índice seguro no sólo del transporte, sino de la actividad económica general, subió de 256,000 unidades en 1939 a

748,000 unidades en 1952; esto es, tuvo un incremento de 11% al año. El ensamble de vehículos registró un crecimiento paralelo. La producción de cerveza aumentó de 160.5 millones de



*En Israel, el licenciado Ramón Beteta deposita una ofrenda en la tumba de Teodoro Hertzl*

litros en 1939 a 572.1 millones en 1952; un incremento anual de 10%.

*Importantísimo fue el aumento de la producción del petróleo y la de energía eléctrica*

Pero más significativo que el crecimiento de estas industrias es el que tuvo la producción de petróleo y la de energía eléctrica.

cuya influencia sobre la industrialización del país no necesita comentario.

Tomemos primero el caso del petróleo, que representa el esfuerzo más serio y también el más feliz del Gobierno Mexicano en el programa de su desarrollo económico sin ayuda exterior y en presencia de una hostilidad abierta por parte de los más grandes "trusts" petroleros del mundo. A partir de 1938 en que las compañías extranjeras fueron expropiadas y el Gobierno se hizo cargo de la industria, la producción de petróleo crudo pasó de 43.3 millones de barriles (en 1939) a 85.2 millones (en 1954); la refinación de 32.5 millones a 74.6 millones y la exportación de 18 millones a 23.2 millones de barriles en el mismo plazo. Lejos de conformarse la administración oficial con el aprovechamiento de lo ya conocido, como podría suponerse, continuó haciendo exploraciones que han llevado al descubrimiento de 56 nuevos campos petrolíferos y aumentaron la reserva de petróleo a la suma ya mencionada de dos mil seiscientos millones de barriles.

Que el crecimiento de la industria petrolera mexicana ha promovido la actividad económica general del país, se demuestra por el extraordinario incremento en el consumo interior de petróleo y sus derivados. Efectivamente, de 18.3 millones de barriles que se consumían en México en el año de 1939, se llegó a 81.8 millones de barriles en 1954. Este crecimiento, verdaderamente extraordinario, se explica recordando que el consumidor mexicano goza de los precios más bajos del mundo.

Veamos ahora la electricidad. Los siguientes datos dan una idea del crecimiento de la electrificación en México. La capacidad eléctrica instalada creció de 680,000 kilowatts en 1939 a más de un millón y medio en 1952; la electricidad generada subió de 2,400 millones de kilowatt-horas a 5,300 millones de kilowatt-horas en el mismo lapso.



*El aumento del ingreso nacional reveló el desenvolvimiento económico*

Examinemos ahora, aunque sea brevemente, otro índice revelador del desenvolvimiento económico: el ingreso nacional. Según el estudio del señor Aubrey

que he venido siguiendo, "El ingreso nacional bruto calculado a los precios de mercado aumentó de 6,700 millones de pesos en 1939 a 52,200 millones de pesos en 1952. El producto neto a precios de costo de 5,800 millones a 45,900 millones". (Página 520).

Mas como durante este período el peso mexicano sufrió una considerable devaluación, es conveniente corregir estos datos si queremos conocer el producto real neto. Haciendo las correcciones del caso encontramos que el referido producto neto subió en un 235.1% entre 1939 y 1952. Sin embargo, como la población también creció, debemos nuevamente corregir estas cifras si hemos de saber el incremento del ingreso per cápita que es lo que realmente importa. Haciendo los cálculos, nos encontramos con que éste fue de un 4% por año. "Un crecimiento en verdad rápido", nos asegura el profesor Aubrey. (Página 520).

*La inversión pública y la privada, crecieron notablemente*

Después de la producción y el ingreso nacional, la indicación más clara del crecimiento de un país nos la suministra la inversión. En el caso de México, la inversión creció —continúo, siguiendo al señor Aubrey— a un ritmo de 8.5% por año. En este crecimiento la inversión pública fue más rápida que la privada, pues aquella llegó a 9.6% por año, mientras ésta ascendió solamente al ritmo de 7.5% anual. De lo cual no debe concluirse —nos hace notar el señor Aubrey— que la contribución del capital privado al desarrollo fuese menos importante que la del guber-

namental, porque en realidad el volumen de la inversión privada fue mucho mayor que el de la pública.

El señor Aubrey concluye: "En la opinión del autor, el volumen de la parte correspondiente al capital privado en este rápido desarrollo es más bien notable en una economía atrasada; quizás explique por qué México pudo progresar tan rápidamente sin un plan general de desarrollo y con un mínimo de control de las inversiones por parte del Estado. (Página 524).

Puesto que la falta de capital propio ha sido la más grande dificultad de México para su progreso económico, las cifras que he citado demuestran que se han puesto las bases para una sólida capitalización y que la inversión gubernamental y la privada, obrando de consuno, han hecho mucho para romper el círculo vicioso de "No producción, no capital; no capital, no producción", en el que se ha venido debatiendo México junto con los demás países subdesarrollados.



## Justificación de la Política Realizada

LOS DATOS que he venido citando relativos a la producción, al ingreso y a la capitalización no dejan lugar a duda respecto del desarrollo económico de mi país en los últimos años: uno de los más rápidos en el mundo. Sin embargo, este acelerado crecimiento no ha estado a salvo de severas críticas. A la cabeza de ellas se escucha la acusación de falta de equilibrio en el desenvolvimiento económico mexicano.

*Al rápido desarrollo económico de México se le ha acusado de falta de equilibrio*

En justicia debemos admitir que esta censura no carece de fundamento; pero tampoco le falta una fácil explicación. Si recordamos que la carencia de una dirección general es parte del precio que debe pagarse por la libertad económica, la posibilidad de desajustes y de ciertos desperdicios parece inevitable. Entre aquéllos se menciona la disparidad entre el crecimiento industrial y el agrícola, evidenciado por el hecho de que mientras el volumen del primero creció en un 135%, de 1939 a 1952, el último sólo aumentó un 97% en el mismo período. Sin embargo, ya para el año de 1950 se notaban esfuerzos para corregir esta situación, mediante la incrementación de las inversiones agrícolas, las cuales en 1939 representaban tan sólo el 13.3% del total de inversiones, mientras que en 1950 habían llegado al 19.5%. El ascenso continuó en los años de 1951 y 1952, pero sus resultados se vinieron a sentir en el de 1954 con un notabilísimo aumento en la producción, que permitió al país cubrir sus necesidades de artículos alimenticios e hizo innecesarias las importaciones de maíz, de

frijol y de trigo, dando, en cambio mayores excedentes exportables de algodón, café y azúcar, entre otros.

Como explicación adicional de la disparidad observada es conveniente mencionar que la tradición, la ignorancia y la pobreza oponen al desarrollo de la agricultura obstáculos que en la industria no son tan grandes, y que ha sido en ésta en donde se han hecho los mayores esfuerzos para cambiar la estructura económica del país.

El desequilibrio que se critica existe igualmente dentro del campo de la industria misma. En la cadena de la producción industrial, que va desde las materias primas hasta el último producto manufacturado, se encuentra en ocasiones algún eslabón faltante que hace indispensable la importación de productos semielaborados. Este mal se va remediando lentamente; las industrias del cobre y del acero suministran dos buenos ejemplos de creciente integración.

Tampoco han dejado de presentarse casos de sobreexpansión, en los cuales la inversión en una industria ha resultado desproporcionada al aumento de producción. Algunas veces esta situación despreciosa es atribuible a cambios imprevisibles en el mercado, pero en otras se ha debido a errores de cálculo en el crecimiento de la demanda o a "cuellos de botella" en el proceso productivo. La industria siderúrgica, por ejemplo, ha trabajado continuamente abajo de su capacidad total, debido a dificultades en el transporte. En la de cemento, el exceso de la inversión se ha debido principalmente a una previsión equivocada de la demanda.

*Es inexacto que las inversiones gubernamentales, particularmente las de 1947-1952, hayan provocado inflación, déficit presupuestal y miseria*

Otro aspecto en el desequilibrio del desenvolvimiento económico de México que ha dado origen a acerbas censuras es el de la falta de una exacta correlación entre el ingreso nacional y el consumo

individual. Se pretende por algunos críticos que la desigualdad en la distribución de la riqueza que ya existía en México ha empeorado por el ritmo excesivamente acelerado en el crecimiento del país.

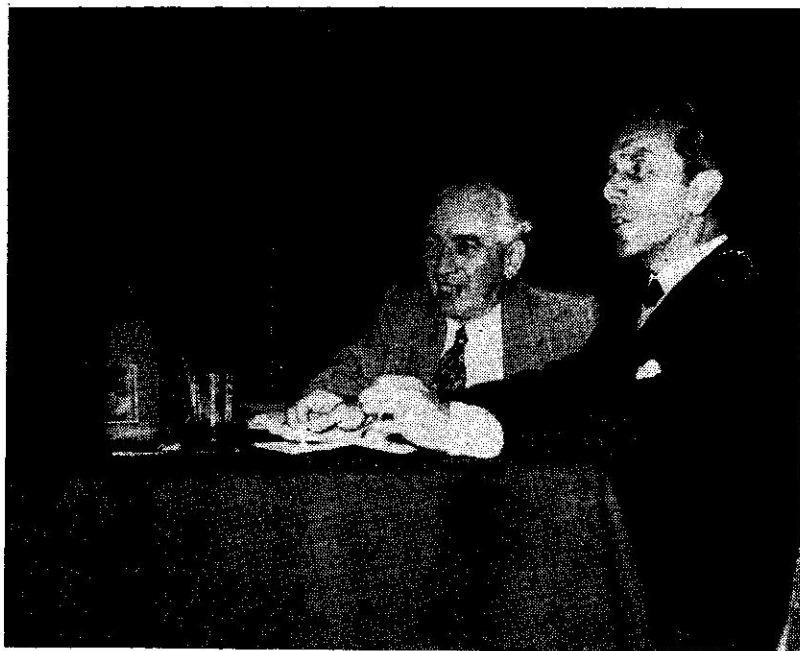
Si tenemos en cuenta que el propósito de la producción no puede ser otro que el mejoramiento de las condiciones de vida de la población en general y particularmente de los trabajadores, sería en verdad muy censurable que los incrementos habidos en las inversiones, en la producción y en el ingreso nacional no hubieran tenido otro efecto que enriquecer a un pequeño grupo privilegiado, mientras el resto de la población se empobreciera. Y esto es, precisamente, lo que afirman ciertos críticos, influidos, acaso, por razones políticas.

Su razonamiento es el siguiente: el desarrollo económico de México se ha promovido mediante grandes inversiones gubernamentales que han ocasionado una fuerte inflación, dentro de la cual quienes reciben ingresos fijos ven reducido su nivel de vida, mientras los empresarios obtienen provechos excesivos. Para probar su aserto, estos críticos hacen ver que inversiones gubernamentales, dinero circulante, precios y tipos de cambio varían paralelamente, de lo cual concluyen que están ligados entre sí por una relación de causalidad. A un aumento en las inversiones del Gobierno —nos dicen— corresponde siempre un incremento en la circulación monetaria y un ascenso en los precios, y, eventualmente, una devaluación de la moneda. Más aún, nos aseguran que las inversiones estatales han ocasionado invariablemente déficit presupuestales, que son la verdadera causa de la inflación. Esta —afirman enfáticamente— se debe a que los gastos públicos no están pagados con dinero proveniente de recaudaciones fiscales normales, sino con "crédito circulatorio", con "dinero inventado", con "sobregiros" en el banco central; esto es, con simples emisiones de billetes.

Examinemos con objetividad y sin pasión en qué medida

estos críticos pueden estar en lo justo y en cuál sus conclusiones son exageradas.

Lo primero que salta a la vista es lo superficial e incompleto de la observación. De que dos o más fenómenos ocurran simultáneamente y aun varíen juntos, no es válido concluir que



*El licenciado Ramón Beteta, en el momento de pronunciar su conferencia.  
A su lado, el doctor Cohen*

unos sean necesariamente la causa de los otros. Es verdad que el efecto de la cantidad de dinero sobre los precios es muy real, pero si no se toman en cuenta todos los hechos que influyen sobre la una y los otros, como, por ejemplo, el incremento en la actividad económica que aumenta la necesidad de dinero, se

llega fatalmente a conclusiones equivocadas. Entre éstas se encuentra la de afirmar que la causa única de la carestía de la vida es el incremento en el medio circulante, sin detenerse a considerar con cuidado hasta qué punto tal incremento pueda ser más aparente que efectivo.

Con frecuencia se olvida un hecho que está ante nuestros ojos: que los precios altos mismos corrigen, en un cierto sentido, el efecto del incremento en el medio circulante. Es obvio también que la cantidad de moneda que se requiere para atender en forma adecuada a las transacciones normales tendrá por fuerza que variar cuando cambien las circunstancias, sobre todo la actividad económica, el volumen de la producción, la población y la intensidad del comercio.

*Durante el período 1947-1952  
no hubo inflación*

Profundizando un poco en la verdadera situación de lo que ha ocurrido en México en los últimos años, se encuentra uno con que se ha tomado demasiado por concedido que el culpable único del alto costo de la vida es el exceso de moneda, cuando la realidad muy bien puede ser otra, pues si la inflación proviene de la ruptura del equilibrio que debe existir entre la cantidad de moneda en circulación y los bienes y servicios disponibles, cuando aquélla crece en la misma proporción que éstos, el equilibrio se mantiene; éstos, no hay inflación.

Considerando con este criterio el período 1947-1952 —durante el cual tuve la responsabilidad de la Secretaría de Hacienda—, nos encontramos con un hecho muy significativo. Según datos elaborados en los últimos meses por la Nacional Financiera y el Banco de México, la oferta monetaria —billetes, moneda metálica, depósitos bancarios— era a fines de 1946 de 3,652 millones de pesos y al concluir el año de 1952 había llegado a 7,404 millones, o sea, que se había prácticamente duplicado; pero por otro lado, el producto nacional bruto —a pre-



cios corrientes— había aumentado en la misma proporción, pues pasó de 26,100 millones en 1946 a 58,300 millones en 1952, o sea que también se duplicó. En consecuencia, desde un punto de vista estricto es legítimo afirmar que la cantidad de dinero permaneció proporcionalmente la misma.

Mas como durante dichos años los precios aumentaron muy considerablemente, las causas de tal alza deben buscarse en otra parte: en las restricciones a la importación, en la elevación de las tarifas aduanales, en los altos costos de la industria nacional, en el incremento del consumo, en la influencia de los precios exteriores, o en lo que se quiera; pero no solamente en el aumento del dinero, porque desde un punto de vista relativo, no existió tal aumento.

Veamos ahora si es o no verdad, como se asienta, que las inversiones del Gobierno de México hayan dado lugar, siempre e invariablemente, a déficit presupuestales. Para demostrar la falsedad del aserto y evidenciar que se trata de una indebida generalización, bastará citar un solo ejemplo.

*La Hacienda Pública Federal durante el período 1947-1952 no se quebró. En vez de déficit presupuestal, el superávit real durante ese período fue de \$784,200,000.00*

Nuevamente me referiré al período 1947-1952. En este lapso las inversiones del Gobierno Federal ascendieron a 5,180 millones de pesos en números redondos, la cifra más alta en la historia del país hasta aquel momento.

Y sin embargo no hubo déficit presupuestal. Por el contrario, en dicho período, tomado en su conjunto, hubo un superávit de 226.5 millones de pesos. Este dato, que ha sido elaborado por la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, fue calculado muy conservadoramente, ya que no se consideró dentro de los ingresos los provenientes de las emisiones de bonos del Gobierno Federal para cubrir parte del importe de algunas obras públicas, ni se estimaron como egresos las sumas pagadas para amortizar

la Deuda Pública. Tampoco se tomó en cuenta la cantidad que había en caja en la Tesorería de la Nación al 31 de diciembre de 1952 y que ascendía a \$ 239,568,043.59, ni las sumas que estaban en poder de otras oficinas recaudadoras en la misma fecha.

Dentro del sistema de contabilidad seguido por el Gobierno Federal, que tiene por objeto darse cuenta, cada año, del resultado del ejercicio del presupuesto en el anterior, este procedimiento es justificado; pero si en vez de hacer así los cálculos seguimos el método tradicional; esto es, si descontamos simple y sencillamente de los ingresos normales netos, los egresos realmente efectuados, el superávit del Gobierno Federal Mexicano para el periodo 1947-1952 es de 784,2 millones de pesos.

*El desarrollo económico de México elevó el poder adquisitivo del pueblo*

Pero dejando a un lado este aspecto del problema, que es en realidad incidental, debemos preguntarnos, entrando a fondo en la cuestión si, como se pretende, los precios altos son necesariamente una catástrofe nacional, que traiga consigo la miseria generalizada y termine por matar de hambre al pueblo.

Admitido que el incremento en el ritmo de la actividad económica favorezca el alza de los precios, lo que en realidad debe uno inquirir es cómo afecta esa alza, en un momento dado, a cada uno de los factores de la producción, pues si es cierto que las utilidades de los empresarios tienden a aumentar, también lo es que el factor trabajo se beneficia, tanto porque mejoran los salarios y las otras compensaciones del obrero, como porque se acaba con el desempleo. Quienes parecen perjudicarse más obviamente son los que perciben intereses; pero acaso no sean estas personas las más pobres ni las más merecedoras de consideración, ya que son las que menos arriesgan en sus inversiones.

Por otra parte, nadie cree que una disminución general de los precios sea una bendición. Quienes hablan de revaloriza-

ciones monetarias como de una panacea, o, por lo menos, como de un procedimiento corrector de las injusticias en la distribución de la riqueza, suelen olvidar que el consumidor es al mismo tiempo productor. Es cierto que el obrero, en su carácter de consumidor, desea la baja de los precios de las mercancías que él consume; pero como productor sabe que su salario y su empleo mismo dependen de que se mantengan o mejoren los precios de los artículos que él manufactura. Oprimidos por la carestía, todos nos quejamos del alto costo de la vida, sin detenernos a examinar el fenómeno ni a considerar cuáles serían las consecuencias de un descenso generalizado de los precios. Queremos que desciendan todos los precios, menos los de las cosas que nosotros producimos.

Si los productos agrícolas descienden considerablemente, los obreros de la ciudad se alegrarán; pero los campesinos habrían de quejarse y aun la alegría de los primeros no podría ser duradera, porque dicha baja disminuiría indudablemente el poder adquisitivo de los agricultores, el que se traduciría en falta de mercado para las varias industrias de las que viven los obreros, los cuales sufrirían, antes que nadie, los efectos de una posible crisis de subconsumo: cierre de fábricas, ajustes económicos, desempleo, baja de salarios. *MUTATIS MUTANDIS*, el mismo razonamiento es válido para el caso de que los artículos manufacturados sean los que resientan la baja.

No se puede, en rigor, hablar de las fluctuaciones de precios como de un mal o un bien para todo el mundo. Lo que para un sector de la población —los deudores, digamos— puede ser una fortuna, para otro —los acreedores, por ejemplo— resulta una desgracia. Así, la devaluación de la moneda que beneficia a los primeros, perjudica en la misma medida a los segundos. Una revaluación del peso tendría el efecto contrario; es decir, sería dañosa para los deudores y útil para los acreedores.

En la imposibilidad de fijar con exactitud el efecto que la fluctuación de los precios tiene sobre cada grupo social en un momento dado, la discusión de este problema suele volverse demasiado vaga. Sin embargo, hay un hecho evidente: para que exista un crecimiento continuado de la producción es absolutamente indispensable un crecimiento concomitante del consumo; en consecuencia, como el desarrollo de México ha sido prácticamente ininterrumpido, en los últimos dieciséis años, es inescapable la conclusión de que el poder adquisitivo del pueblo ha ido también creciendo.

Así nos lo asegura también el Prof. Aubrey en el trabajo tantas veces citado, en el cual afirma que "El volumen del consumo total aumentó (en México) en cerca de 129% entre 1939 y 1952", esto es, a un ritmo de 6.5% por año. Más aún, el consumo per cápita —que es el que realmente cuenta— creció en un 63% en el mismo período, o sea un incremento anual de 3.8%, según el mismo autor. Esto ya es una indicación clara de mejoría en las condiciones de vida de los mexicanos.

Además, el hecho de que el consumo de alimentos —maíz, trigo, frijol, azúcar— de cerveza y de bebidas gaseosas, de combustibles y de energía eléctrica, haya aumentado más rápidamente que el crecimiento de la población, nos lleva a concluir —en la imposibilidad de atribuir ese incremento al consumo exclusivo de los grupos privilegiados— que en general el pueblo mexicano vive mejor gracias a, y no a pesar de, las inversiones del Estado que han provocado su extraordinario desarrollo económico.

Ello no obstante, como en épocas de un progreso acelerado el ingreso, y en consecuencia el consumo, no se incrementan al mismo ritmo para quienes perciben utilidades que para quienes obtienen intereses, rentas o salarios, debe admitirse que el des-  
envolvimiento económico por sí solo no es remedio suficiente para

acabar con las injusticias sociales, las cuales deben atacarse por otros procedimientos. Pero tampoco es válido acusar al desarrollo económico de una pobreza que ya existía desde antes de él y que sin él se convertiría en permanente y definitiva.

## *El Problema Monetario*

HASTA AQUÍ nos hemos ocupado de uno de los aspectos de la inflación: el aumento de precios. Réstanos todavía el otro: la devaluación monetaria. ¿Es ésta consecuencia inevitable de aquél?

Viendo la aparente estabilidad del dólar que es el patrón para medir casi todas las divisas, a pesar del aumento prácticamente ininterrumpido de los precios norteamericanos, se ocurre pensar que puede presentarse la primera parte del fenómeno sin la segunda; esto es, la carestía sin la devaluación. Pero el ejemplo no es bueno, porque aunque los Estados Unidos son por excelencia el país acreedor del mundo, aún esa nación, la más rica de la Tierra, no ha estado siempre a salvo de ese recurso heroico, en momentos de crisis.

*La devaluación monetaria de  
1948*

Mas, concretémonos al caso de México. ¿Cuáles son las causas de las devaluaciones? ¿Son éstas inevitables? Para puntualizar más la cuestión, permítaseme que me limite a examinar la ocurrida en 1948, que puede estimarse como la típica. En aquella ocasión, de entre las varias causas, la sobresaliente fue de carácter internacional.

Aconteció que, durante la II Guerra Mundial, México había exportado a los Estados Unidos grandes cantidades de materias primas y de artículos manufacturados sin que, al mismo tiempo, hubiera podido adquirir las mercancías que necesitaba debido a las restricciones impuestas a la exportación norteamericana por imperativos de la guerra. El proceso continuo de

vender sin comprar acumuló en nuestro banco central una fuerte reserva en dólares que —pensábamos— habría de servirnos para reequipar al país y mejorar las condiciones de vida de la población con las importaciones que no se habían podido hacer durante los años del conflicto. Pero resultó que cuando finalmente fueron levantadas las restricciones y los manufactureros



*En su visita a Israel, el licenciado Ramón Beteta habló con el Primer Ministro, señor Mashi Shareti*

mexicanos se apresuraron a comprar la maquinaria y el equipo que reemplazaría a los ya gastados, y los agricultores ordenaron los tractores y los implementos que habrían de mecanizar y mejorar sus métodos de trabajo, y el pueblo de México, en su con-

junto quiso importar automóviles, camiones, refrigeradores, radios y demás artículos de consumo, los precios habían subido en los Estados Unidos, con lo cual la reserva que había sido creada con las exportaciones mexicanas se volvió insuficiente. Así descubrió México, para su sorpresa, que como parte de su participación en el esfuerzo bélico había, inadvertidamente, hecho a los Estados Unidos el equivalente de un préstamo, que ahora le era pagado con un considerable descuento.

Al mismo tiempo, con la conclusión de la guerra, las exportaciones mexicanas disminuyeron notablemente, tanto en volumen como en valor, debido a que las compras de minerales, de fibras y otras materias primas que venía requiriendo el Gobierno americano decrecieron y, simultáneamente, las manufacturas mexicanas tuvieron que enfrentarse de nuevo con la competencia mundial que había estado prácticamente suspendida.

El efecto inmediato de esta situación fue la rápida disminución de las reservas del Banco de México; descenso que durante el año de 1946 ya fue alarmante, y que continuó en 1947. El Gobierno ansioso de que el país se reequipara a la paridad en vigor (4.85 por dólar) hizo todo lo que estaba a su alcance para suprimir las importaciones de artículos no esenciales (estableció prohibiciones, subió aranceles, limitó las compras oficiales al exterior, etc.), y aunque tuvo bastante éxito, puesto que sólo alrededor del 10% de las reservas fue empleado en cosas no indispensables, sin embargo, no se pudo mantener la relación entre el dólar y el peso mexicano, y éste hubo de ser dejado en libertad para que buscara su nuevo nivel en el mercado libre. Después de un año de prueba se encontró que nuestra moneda había perdido una buena parte de su valor internacional y cuando se fijó la nueva paridad tuvo que cuidarse que respondiese a la verdad de la situación.

Ninguna política hubiera podido mantener la relación original entre el peso y el dólar, rota por las circunstancias mundia-



les. Ni las restricciones a los gastos públicos y al crédito, sugeridas por unos —que hubieran llevado fatalmente a una deflación—; ni el control de cambios aconsejado por otros —que sólo hubiera servido para ocultar la realidad a través de la cortina de humo de los cambios oficiales múltiples y del mercado negro— podrían haber devuelto a la economía mexicana su perdida capacidad para pagar por los artículos que necesitaba importar, ya que ninguno de los dos métodos garantizaba un aumento en la producción, ni un incremento en las reservas.

*El Estado no decreta las devaluaciones, sólo las reconoce*

Es frecuente que se hable de que las devaluaciones son decretadas por el Estado, pero la verdad es que éste no hace otra cosa que reconocerlas, y como son siempre impopulares, cuando acontecen, nunca es por el deseo o el capricho del Ministro de Hacienda, sino porque no la ha podido evitar.

Para un país en proceso de desarrollo, la única manera de llegar a tener una moneda relativamente estable es poner las bases para un aumento efectivo y continuado de la producción, que por una parte reduzca las importaciones y por otra aumente los artículos exportables. Quiere esto decir que la estabilidad monetaria es sólo asequible, eventualmente, gracias al desenvolvimiento del país hasta hacerlo fuerte y, en lo posible, autosuficiente, y que el Gobierno que por miedo a los males del crecimiento se resigne a que la nación sea eternamente pobre, admite de antemano su fracaso; de hecho, aconseja el suicidio, por temor a la muerte.

Por otra parte, es justo reconocer que existe un conflicto entre la estabilidad monetaria y el desenvolvimiento; conflicto que se vuelve aparente cuando, para aumentar la producción se ve que es indispensable hacer inversiones, las que, al estimular la actividad económica, aumentan la necesidad de nuevas importaciones y la capacidad, para pagarlas, en moneda nacional;

pero no las divisas extranjeras de que se puede disponer. En efecto, el desarrollo económico exige inevitablemente la importación de equipo y maquinaria: las presas, los canales de irrigación, las carreteras, los ferrocarriles, los puertos, los campos de aterrizaje, las centrales eléctricas, todas las obras públicas, en suma, requieren equipo especial pesado, y las nuevas industrias han menester, asimismo, grandes cantidades de maquinaria, cosas todas que no son productibles localmente mientras el país no posea máquinas para hacer máquinas.

*La inactividad por temor a los males del crecimiento no garantiza a un país la estabilidad de su moneda*

Por eso no falta quien, consciente de que el rápido desarrollo pone en peligro la estabilidad monetaria recomiende esperar pacientemente a que la capitaliza-

ción interior permita el desenvolvimiento, aunque sea lento, de la nación. Quienes así piensan se equivocan porque no es, ni con mucho, seguro que la inactividad garantice la estabilidad de la moneda. No debe olvidarse que existen causas ajenas a la política económica seguida por el Gobierno que son por sí mismas capaces de afectar el valor internacional de la moneda. Bastaría la amenaza de una guerra, la imposición de inesperadas restricciones al comercio internacional por los Estados Unidos, la salida al mercado de grandes cantidades de materias primas excedentes, como consecuencia de un cambio de política de las grandes potencias, o cualquiera otra cosa de esta naturaleza, para que se creara una situación en la que la balanza de pagos se resintiera al punto de afectar el tipo de cambio.

*Entretanto México no consolide su desenvolvimiento, el peligro de las devaluaciones está latente*

Insisto, mientras la economía de México no sea firme, esto es, mientras el desenvolvimiento que ahora se observa no haya dado sus frutos, el peligro de las devaluaciones estará siempre laten-

te. Ello no obstante, no falta quien sostenga que hay un modo seguro de prevenirlas: las inversiones extranjeras.

*Las inversiones extranjeras en México, no son la solución para prevenir las devaluaciones*

Ya hemos mencionado al principio de esta charla algunos defectos y peligros que para México tiene el empleo indiscriminado de capital extranjero; pero en vista de ser tan graves los desajustes en la economía y el malestar que una devaluación monetaria acarrea, bien vale la pena reexaminar con cuidado esta tesis.

Es obvio que todo capital nuevo —extranjero o nacional, privado o público— que se inyecte a la economía de un país incrementa la cantidad de dinero en circulación y la rapidez de ésta, y crea una demanda extraordinaria que no está compensada por una cantidad adicional, de bienes y servicios. En consecuencia, con la aportación de capital nuevo se siembra indefectiblemente la semilla del proceso inflacionario. Si las inversiones extranjeras son lo bastante importantes para promover un rápido desarrollo económico, lo serán también para provocar el alza de los precios y aun, eventualmente, la devaluación monetaria.

La razón de que esto sea así es bien sencilla; es una simple cuestión cronológica: entre el aumento en que se hace una inversión y aquel en que se recogen sus frutos, transcurre inevitablemente un tiempo más o menos largo. Desde el día en que se principia la construcción de una cierta presa y aquel en que se puede usar el agua que habrá de incrementar las cosechas; entre la iniciación de una planta eléctrica y el empleo de la energía que habrá de producir; entre el comienzo de la erección de una fábrica y el momento en que los productos en ella manufacturados salen al mercado, hay un lapso dentro del cual el efecto estimulante de la inversión incrementa la capacidad de compra sin que se hayan creado todavía los bienes y servicios que compensen el poder adquisitivo adicional. Y cuando esta

situación se repite innumerables veces en la construcción de caminos, de ferrocarriles, de puertos, de campos de aterrizaje, de refineries, de incontables fábricas, como pasa en un país joven que se está desarrollando, el equilibrio es imposible.

Pero —se nos dice— admitiendo que el alza de los precios sea inevitable, todavía cabe preguntar si la devaluación propiamente dicha, es decir, el cambio de paridad de la moneda con respecto a las divisas extranjeras, podría impedirse con inversiones exteriores, teniendo en cuenta que éstas alimentarían la reserva del banco central.

No puede negarse que una corriente continua de inversiones extranjeras tiende sin duda a equilibrar la balanza de pagos; pero en el momento mismo en que la corriente cese, el peligro de la devaluación es más grave que nunca, pues a las salidas de dólares ocasionadas por las causas normales ya expuestas se sumarán las provenientes del pago de dividendos, intereses y principal de las inversiones extranjeras ya efectuadas. Esto sin contar con que el capital extranjero, siempre temeroso, procura liquidar sus inversiones al primer síntoma de peligro y se convertirá en factor negativo en la balanza de pagos en los momentos críticos, con lo cual la caída de la moneda será aún más grave y profunda que si el desenvolvimiento se hubiera realizado exclusivamente con capital nacional.

Mas, ¿por qué se habrían de suspender las inversiones? Si México está dispuesto a dar al capital extranjero —se nos asegura— “las necesarias garantías y seguridades” la corriente afluirá sin interrupción y las salidas serán más que compensadas con las nuevas entradas.

Esto sería, tal vez, verdad si la interrupción se ocasionara tan sólo por causas atribuibles al Gobierno; pero no es así. Las inversiones extranjeras se suspenden no sólo por un cambio en la política económica oficial, sino también por razones psico-

lógicas, que no siempre tienen relación directa con aquellas "seguridades y garantías" de que antes se habla. Algunas veces basta un rumor o una publicación falsa o mal intencionada, hecha dentro o fuera del país, para crear la desconfianza que puede determinar una crisis de esta naturaleza.

*La ineficacia del control de cambios*

Lo que el Gobierno debe hacer en tal caso —se nos dice— es tomar medidas que impidan la salida de capitales. Pero, por desgracia, la realidad viene a dar el mentís más rotundo a quienes así pueden opinar, porque ningún país ha encontrado un sistema eficaz para impedir la salida de capitales. El control de cambios, que es el procedimiento generalmente empleado, no lo ha conseguido en ninguna parte, pese a lo estricto que puedan ser las leyes en vigor o de lo draconianas que se supongan las medidas administrativas o policíacas que deban emplearse. Como una cuestión de hecho, la tendencia de los capitales a escapar de las naciones que han abandonado la libertad de cambios es universal. El crecimiento de los depósitos en los bancos de los Estados Unidos y de Suiza, alimentados por capitales de todo el mundo, ofrecen la prueba más contundente. Parece increíble, pero es verdad, que a la larga el sistema más eficaz para que los capitales no se ausenten, es que sepan que pueden irse. El solo temor de que se trata de atraparlos los impulsa a volar.

Pero, por otra parte, como la libertad cambiaria no es por sí misma suficiente para garantizar que el capital extranjero tenga fe en el futuro del país y en la estabilidad de su moneda, resulta que no hay forma segura para detenerlo. En consecuencia, al perderse la confianza, la devaluación puede sobrevenir aun cuando el desarrollo económico se haya promovido con capital extranjero.

Aquí en Israel la verdad de este aserto no ha de pareceros

dudosa, ya que a pesar de la grande y continua corriente de capital extranjero con que este país cuenta, tanto en forma de inversiones como de otros orígenes, no ha sido posible evitar la devaluación de la libra israelita.



## Conclusiones

SI LA INFLACIÓN es mala y la deflación desastrosa; si la impaciencia del pueblo para que se mejoren sus condiciones de vida es justificada y no admite espera; si las inversiones, cualquiera que sea su origen —nacionales o extranjeras, gubernamentales o particulares— tienden a provocar de inmediato el encarecimiento de la vida, ¿cuál es la política económica adecuada para un país en crecimiento?

La contestación teórica no es difícil; ya la hemos escuchado repetidas veces: ni inflación ni deflación. Pero esta respuesta negativa nada nos dice sobre lo que debemos hacer. Y es que en el fondo lo que sucede es que no se puede hacer una afirmación absoluta. Tan equivocados están quienes piden continuamente más y más dinero y nuevo crédito, con los ojos puestos en el porvenir y olvidados del presente, como quienes, asustados por el alza universal de los precios, vuelven la cara al pasado demandando la aplicación de medidas restrictivas a la actividad económica en infructuosa búsqueda de una moneda estable.

La insistencia de unos y otros y lo acalorado de la discusión que con frecuencia suscitan, trae a mi memoria una escena que presencié hace años. En clase de aeronáutica una señorita que apenas se había inscrito, pero que estaba muy ansiosa de demostrar al profesor su gran interés, le preguntó: "Dígame, maestro, ¿cómo es mejor volar, bajito y despacito, o alto y con toda la potencia del motor?". El instructor —un experimentado piloto— le contestó sonriendo: "Mire usted, jovencita, de nin-



guna de las dos maneras. Recuerde usted que si sube demasiado terminará por fallarle el motor y si baja en exceso se estrellará fatalmente contra el suelo. Lo esencial es que sepa usted a dónde va, que fije su ruta y que la siga fielmente. La altura y la velocidad variarán según el momento, el lugar y las condiciones atmosféricas”.



*El licenciado Ramón Beteta con el Gobernador del Banco Nacional de Israel, doctor David Horowitz*

Se antoja que algo semejante podría decirse respecto del problema que nos ocupa. Aquí también lo esencial es saber cuál es la meta para después buscar los medios más adecuados para

alcanzarla; pero éstos habrán de variar con el tiempo y con las circunstancias.

Cualquiera política monetaria independiente de un programa económico es ininteligible; mas, por otra parte, todo programa debe inspirarse en un ideal social, pues si pretendiera ser un fin en sí mismo carecería de sentido. Por eso merecen una respuesta análoga a la que recibió la aspirante a aviatrix, tanto quienes con optimismo excesivo sugieren incrementar sin tasa ni medida el crédito y el dinero, como quienes, impresionados por el alto costo de la vida sostienen que hay que revaluar la moneda, aun a riesgo de paralizar al país e, incluso, proponen métodos y procedimientos desechados ya por inoperantes.

El aviador que se asusta con la altura y que supone, en su inexperiencia, que acercándose al suelo disminuye el peligro, terminará por estrellarse. Así fracasará también el Gobierno que por timidez se empeñe en una política deflacionista, e ilusionado por la idea de que los precios bajos satisfacen a las masas trabajadoras se afane por conseguirlos a toda costa sin paramientos en las otras consecuencias que tal baja puede acarrear.

Mas, de la misma manera que no hay avión que pueda subir sin limite, tampoco existe país que aguante una continua e indefinida inflación. El motor de la economía también suele fallar.

Como el de pilotaje, el problema monetario no es sólo teórico; es también cuestión de tacto y de medida.

\* \* \*

De esta larga plática podemos sacar las siguientes conclusiones:

(1) México, país pobre pero dotado de amplios recursos naturales que hacen posible su eventual industrialización, ha tenido un desarrollo económico extraordinario en los últimos dieciséis años.

(2) A partir de 1939, su producción y su ingreso nacional

han crecido a un ritmo difícil de igualar en cualquier otro país que se encuentre en condiciones análogas.

(3) Las cuantiosas inversiones públicas y privadas han puesto ya las bases de una capitalización interior que es de esperar permitirá, en el futuro, el desarrollo del país sin que sea indispensable la ayuda del capital extranjero. Mas si éste desea invertirse en México, las condiciones que encontrará serán cada día de mayor estabilidad, por lo cual el riesgo para el inversionista será cada vez menor y decreciente el peligro para la autonomía de México.

(4) El incremento del consumo per capita, especialmente el de alimentos, combustibles y energía eléctrica no deja lugar a duda respecto de la mejoría lograda en las condiciones de vida del pueblo mexicano.

(5) Aunque el desenvolvimiento del país no ha sido perfectamente uniforme y equilibrado —la industrialización ha ido más de prisa que el progreso agrícola y no faltan ejemplos de sobreexpansión en algunas industrias— sin embargo, si se tiene en cuenta que el desarrollo se ha obtenido dentro de un sistema de verdadera libertad económica con un mínimo de intervención gubernamental, no podemos ser demasiado severos para calificar este defecto.

(6) Aún prevalece en México una gran desigualdad en el ingreso individual y una notoria injusticia en la distribución de la riqueza que el desarrollo económico todavía no ha logrado abolir; pero es completamente infundado culpar a éste de la existencia de aquéllas. Las causas de la pobreza de México y de su inequitativa organización social no hay que buscarlas en el progreso de los últimos años, sino antes bien, en su tardanza debida a las características geográficas ya mencionadas, a razones históricas bien conocidas, y a errores e injusticias, cuyo origen se remonta a épocas en que no existía el rápido desenvolvimiento que ahora presentamos.

(7) Este ocasiona sin duda problemas y desajustes, pero de igual manera que el crecimiento suele ser doloroso para los niños, así también las naciones se ven obligadas a admitir ciertos sacrificios que son indispensables para cimentar su futuro mejoramiento económico y social.